

LA BUENA CAUSA.

(EPISODIO DE LA ACCION DE ALGOLSA.)

DRAMA EN UN ACTO, EN VERSO,

ORIGINAL DE

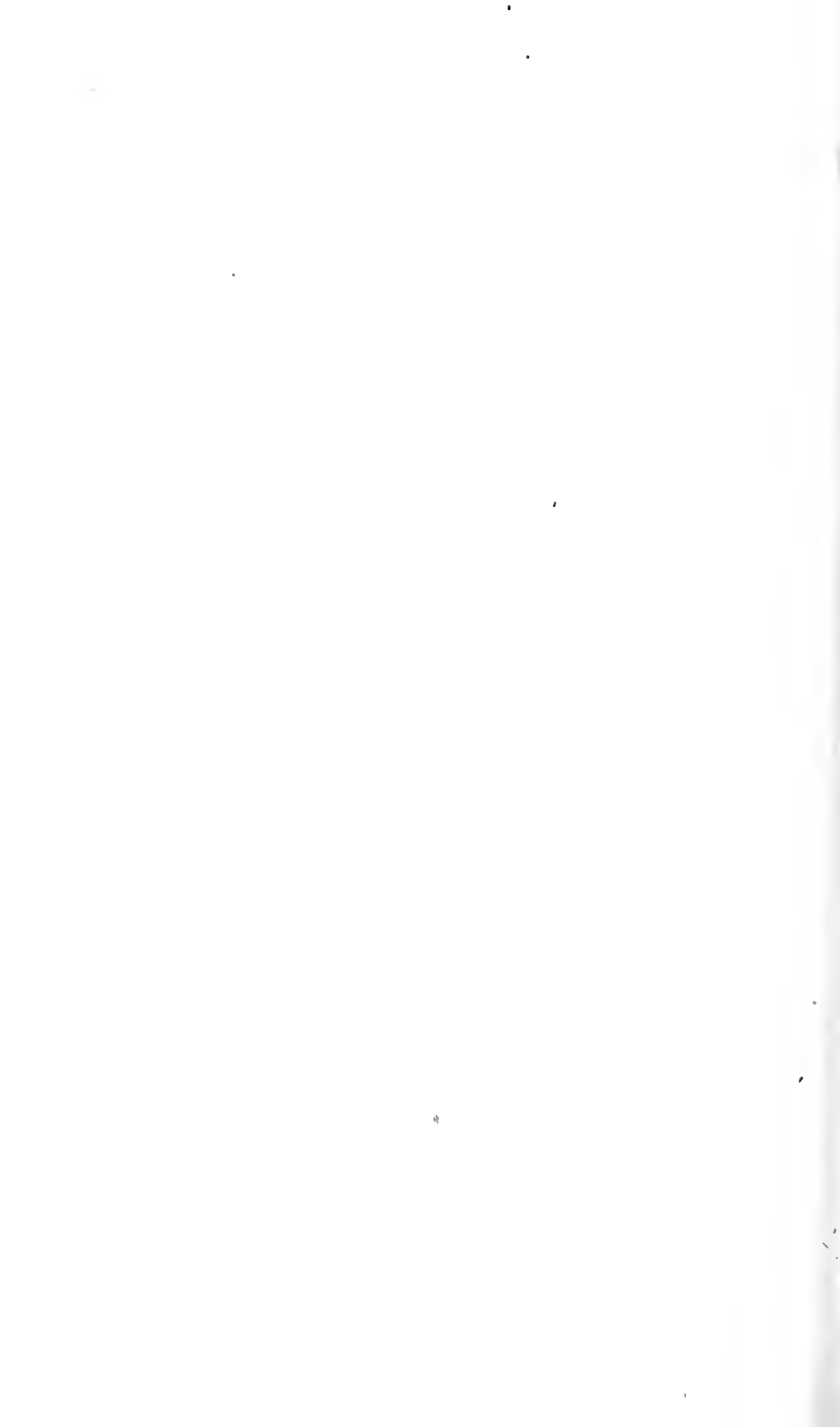
DON EMILIO ALVAREZ.

MADRID: }

EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

OFICINAS: PEZ, 40, 2.º

1868.



LA BUENA CAUSA.



LA BUENA CAUSA.

(EPISODIO DE LA ACCION EN ALCOLEA.)

DRAMA EN UN ACTO, EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON EMILIO ALVAREZ.

Representado por primera vez con extraordinario aplauso en el
teatro de la Zarzuela el dia 10 de Noviembre de 1868.



MADRID:

IMPRESA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1868.

PERSONAJES.

ACTORES.

CÁRMEN.....	SRA. LAMADRID.
MARIA.....	SRA. DARDALLA. ¹
BUENAVENTURA.....	SR. TAMAYO.
CÉSAR.....	SR. ZAMORA.

1 La Sra. Dardalla se ha encargado del papel de Maria, accediendo al deseo del autor, quien se complace en hacer pública tan inestimable condescendencia.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podra, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria. El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los Sres. Gullon e Hidalgo, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL EJÉRCITO ESPAÑOL.

Guillermo Alvarez

ACTO ÚNICO.

Interior de una casa de labradores en un arrabal de Córdoba.—Puerta de entrada á la derecha del actor, en primer término, otra enfrente que conduce á las habitaciones interiores. Hogar en el fondo. Un sillón antiguo de baqueta al lado de una mesa de nogal, sobre la que habrá un gran velon encendido. Varias erramientas de labranza. Banquetas y sillas de pino blanco.

ESCENA PRIMERA.

MARIA sentada cerca del hogar. VENTURA llamando en la puerta

VENT. (Desde fuera.) María!

MARIA. (Abriendo la puerta.) Buenaventura.

VENT. (Entrando.) Felices.

MARIA. Qué nuevas hay?

VENT. Por ahora... hasta que entre el día...

Ahora empieza á clarear...—

Y doña Carmen?

MARIA. Adentro.

VENT. Duerme?

MARIA. Qué! Despierta está.

Quién ha de dormir con este desasosiego?

VENT.

Es verdad.

Y eso que aquí...—esta es
la parte del arrabal
más tranquila; suerte tienen
los arrabales que dan
al camino de Madrid.
Por allí dicen que hay
animacion. ¡Ya lo creo!
Por allí tiénen que pasar
tóas las noticias; y diz
que es que dicen que se van
los del otro bando: vayan
con Dios, y no vuelvan más.
Y tambien dice que dicen
que dicen que los de acá
vuelven á Córdoba hoy mismo.
Lo cierto es que en la ciudad
andan de fiesta y bureo...
y todos vienen y van...

MARIA. Pero habrá nuevo combate?...

VENT. Qué ha de haber?

MARIA. Y si le hay?

VENT. Cómo?... Si se van los otros...

MARIA. Se marchan?

VENT. Pian, pian...

Yo, desde que anoche vimos
el repique general
de campanas, y los gritos
de viva la libertad...—
gritos ue tambien dí yo;
¡pues no faltaria más!
Y grité bien; y grité
de corazon, voto á san!...
Bendigamos nuestra suerte,
que nos trajo á esta ciudad
á establecernos, que en ella
la gracia de Dios está.
Nuestra tierra castellana
vale mucho, eso es verdad;
pero esta de Andalucía
no le fué en zaga jamás.
Undióse en Bailen la estrella

del conquistador audaz;
dos veces Cádiz ha sido
cuna de la libertad,
y hoy Alcolea también
conquista lauro inmortal!
Ya triunfó la buena causa;
quién no se deja inatar
por ella?... Yo... ya soy viejo;
nada valgo...—pero, ah!
tengo un hijo... y está allí!
Y vale mi César más!

MARIA. (Con dolorosa ironía.)

Y estará allí todavía?

VENT. (Receloso.) Todavía?...—

(Elevando los ojos al cielo y exclamando con fe.)

Sí! Allí está.

MARIA. Tengo no sé qué recelo...

VENT. Ten fe. La fe vale más.

MARIA. El campamento está cerca;
por qué no va usted á indagar...

VENT. Maria... tú amas á César;
tu zozobra es natural.
Pero... ya me ves á mí,
ya ves mi serenidad;
y mi afán de padre, no
vale menos que tu afán.
Ten fe.

MARIA. Es que no es esa sólo
la razón de mi ansiedad.
Ya usted sabe...

VENT. Ah, sí; tu hermano...

MARIA. Qué ha sido de él? Dónde está?
Diez días sin recibir
carta... él, tan puntual.

VENT. Bien, mujer; eso no tiene
nada de particular.
No habrá carta de tu hermano,
porque no hay correo, estás?
Porque no pasa una mosca
del otro lado pa cá.
Ya se lo he dicho á tu madre.

MARIA. Sí! Váyala usted á calmar!

facilito es. Á nadie
escucha.

VENT. Si es mucho afan!
Y el caso es que como ella
allá en su primera edad
recibió instruccion, y tiene
un talento... ahí está el mal.
El resultado es que yo,
que no soy ningun patan,
no puedo con ella... sabe
más que yo... y me hace callar.

MARIA. Ella le quiere á usted mucho.

VENT. Ya lo sé.

MARIA. Usted es muy leal.

VENT. Pues que me crea y se calme
y tenga conformidad.
Mientras su hijo vuelva, no
le falta un bocao é pan.
Tiée un cacho é tierra que cuido
más que el mio; qué quíée más?
Que tenga fe en mí... y paciencia...
y esperanza en Dios... y en paz!

MARIA. (Bajando la voz.)

Pues desde anoche ha crecido
su desconfianza. Ademas...

VENT. (En igual tono.)

Pues anoche habló conmigo...

(Cármén aparece escuchando en la puerta lateral.)

MARIA. Pues luego... (Bajando aún más la voz.)

VENT. (Separándose de María.) Calla! Aquí está.

ESCENA II.

CÁRMEN, MARIA, BUENAVENTURA.

VENT. Dios guarde á usted, doña Cármén.

CÁRMEN. (Hablaban bajo.)

VENT. Qué tal?

CÁRMEN. (De qué hablaban? Por qué callan?)—
Pueden ustedes hablar;
yo me iré si estorbo.

VENT. Qué!

CARMEN. Si es algun secreto...

V. NT. Cá!

CARMEN (Después de observar á Buena Ventura, coge de la mano á María, y mirándola detenidamente, exclama:)

Y tú... qué tienes?

MARIA. Yo?... nada.

VENT. Vamos!... Tiene usté un genial...

CARMEN. (Volviendo á observar á Buenaventura.)
Dónde ha estado usted esta noche?

VIN Pues dónde había de estar?
Desde aquí fuí pa mi casa...
y... no dormí!

CARMEN. Es natural.

VENI Luego fuí á ver el ganao.
 Uno tiene que cuidar
 de su pobreza; el que tiene
 hacienda... no tengo más
 que un cacho é tierra; más si uno
 no le cuida... no es verdad?

CARMEN. (De pronto.)
 Qué sabe usted de mi hijo?
 Ya sabrá usted dónde está
 su regimiento?

VENT. No sé.

CARMEN. Pues no fué usted á la ciudad á preguntarlo?

VENT. Pues nadie lo sabe.

CARMEN. Es particular.
Una cosa tan sencilla...
es mucha casualidad!—
Pues yo sí lo sé.

VENT. Usted?

CARMEN. Sí.

Yo lo sé. Yo he oído hablar
de encarnizados combates
en Santander... Béjar... ay!
y se asegura que ha sido
horrible la mortandad.
Allí estaba mi hijo... pero...
estaba allí.—Pero... está?

VENT. Si estaba en Madrid.

CARMEN. Qué necio
es usted! Allí se iba á estar
su regimiento. Saldria
de allí; salió? .. No es verdad?

VENT. Si usted se lo dice todo,
qué hemos de hablar los demas?

CARMEN. Quizá se ha batido anoche.
Estará aquí.

VENT. Qué ha de estar?

CARMEN. Está en Alcolea.

VENT. No.

CARMEN. (Contrariada.)
Quiere usted dejarme en paz?
Claro. Usted ha visto á su hijo.
Ya sabe usted dónde está.
Sabrá usted tambien que se halla
sano y bueno...

VENT. No es verdad.

CARMEN. Qué le importa á usted mi pena?
Pues es claro. Usted dirá:
¡Sálvese mi hijo; qué tengo
yo que ver con lo demas?

VENT. Doña Cármén, eso...

MARIA. (Con reconvencion cariñosa.) Madre...

CARMEN. Digo bien!

VENT. Dice usted mal!

Ni yo soy tan egoísta,
ni hay motivo pa dudar
de mí.

MARIA. Por qué tan injusta,
cuándo usted es todo bondad?

VENT. Yo... bien entiendo de penas!
La de usted no tiene igual:
mas .. Dios sobre todo. En tanto
tengamos conformidad.—
Ya es de día; conque... ahora
voy á ver qué nuevas hay.
Si las de ayer fueron buenas,
las de hoy...

CARMEN. (Sentándose con aire preocupado.) Malas serán.

VENT. Qué han de ser! Si cada día

que pasa es un triunfo más.
Y por supuesto que á mí
no me ha sorprendido. Cá!
Desde que ví yo lo de Cádiz,
me dije: buena señal.
No se lo he contado á ustedes?

MARIA. No.

VENT. Pues ustedes verán.
Ideas que tiene el hombre.
El hombre suele pensar...—
Sabes tú cómo se llama
el barco que trajo acá
los bizarros generales,
cuya heroica lealtad
en pró de la buena causa
merece fama inmortal?
Pues para que ustedes vean!
Mia tú qué casualidad!
Se llamaba como yo.

MARIA. Buenaventura?

VENT. Cabal
Buena la merece el hombre
que en Cádiz se lanzó al mar.
Buenaventura. Por eso
dije al saberlo: bien va!
Lo que con buena ventura
empieza, no acaba mal.
Esto será una simpleza;
lo que ustées quieran será.
Mas el hombre tiene fe...
qué quíee usté? corazonáas!
Es mi nombre; y como á mí
no me sucede jamás
nada malo... Pues por eso
sé que César volvería
sano y bueno; ah, sí! haga usted
lo que yo, piense usted igual;
y Rafael vendrá ileso,
libre... y feliz... y no hay más!
Conque... voy á ver si ocurre
algo nuevo en la ciudad.
Eh! Doña Cármen... Maria,

buen ánimo... voto á san!

ESCENA III.

CARMEN, MARIA.

MARIA. Por Dios, madre; usted maltrata al tío Buenaventura.

CARMEN. (Levantándose y paseando agitada.) Si esta incertidumbre dura más tiempo, el dolor me mata.

MARIA. No desespere usted así... tenga usted esperanza y fe, madre; que se mata usted, y también me mata á mí!

CARMEN. Si no has de calmarme.

MARIA. Vamos!

CARMEN. Si aunque te esfuerzes y grites... Si en tanto que no me quites esta idea...

MARIA. Bien estamos!

CARMEN. Si soy madre!

MARIA. Pero bien;

lo es usted sola quizá?
Pues cuántas madres habrá que en el mismo caso estén?

CARMEN. Tendrán la pena que yo.

MARIA. Mas su pena calmarán, y al fin se conformarán con su suerte.

CARMEN. No; eso no!

Que se calme de esa suerte no hay madre alguna, de fijo.
Pues qué madre mira á un hijo con calma, en riesgo de muerte?
Cuál es la que á tanta pena se muestra serena y fria?

Si hay alguna, esa, hija mía, no es buena madre, no es buena!

MARIA. Mas tanta y tanta amargura... Segura estoy que mi hermano no se aflige tanto.

CARMEN. Es llano;
de eso sí que estoy segura.
Forzado, ó á impulso odioso
de una hora mal entendida,
tranquilo arriesga su vida
el hijo más cariñoso;
la madre más alentada
cae herida mortalmente
en el alma, solamente
con mirarla amenazada.
Y el mundo insensato y ciego
no mira esta lucha impía;
no. Su ley severa y fría
te arrebata un hijo; y luego,
por cada soldado herido,
exclama: «Una baja más.»
Y grita una voz detrás;
«¡hijo del alma querido!»
Y con gozosa expresion,
la discordia fratricida
añade: «¡Otra madre herida
en mitad del corazon!»

MARIA. Es horrible!—Mas por qué
prevenir males? Fiemos
en Dios que en breve tendremos
buenas nuevas. Verá usted.
Acaso su regimiento
no entró en lid; casi es probado.
Á más, por cada soldado
que muere, se salvan ciento.
Y uno entre tantos sería
Rafael; segura estoy.

CARMEN. Esa es la esperanza que hoy
aliento.

MARIA. Sí, madre mia!

CARMEN. Hija de mi alma! (Tendiéndole los brazos. ¡Ved.)
Tú finges estar serena
por consolarne, y la pena
te devora á ti tambien.
Y la que á tí te devora
no es sólo por Rafael.
Hay otro... es tambien por él!

Hobre César!

MARIA.

Madre!

CARMEN.

Llora!

ESCENA IV.

CÁRMEN, MARIA, BUENAVENTURA.

VENT. (Llegando precipitadamente.)
Eh! Maria!... Doña Cármén!

MARIA. Buenaventura!

CARMEN. Qué es eso?

VENT. Ve usted lo que yo decia?

CARMEN. Qué?

VENT. Si cuando yo sostengo
una cosa...

CARMEN. Qué?

VENT. No dije
que vendria sano y bueno?
Pues aquí está ya.

CARMEN. Mi hijo?

MARIA. César?

VENT. Qué! Si es mucho cuento!
Si tengo yo un corazon!...

CARMEN. (Gozosa.) Dónde está?

VENT. Iba yo corriendo
camino de la ciudad,
cuando me grita de lejos
un amigo: «ya le he visto;
vaya usted pa casa luego,
que él va pá allá.»

CARMEN. (Con creciente ansiedad.) Pero quién?

VENT. Eso fué lo que al momento
pregunté yo: «quién?» Y... toma!
quién habia de ser?

CARMEN. Pero...
era él?

VENT. Pues está claro.

CARMEN. (Con expansion.)

Era mi hijo?

VENT. No por cierto;
el mio: César.

CARMEN. (Con abatimiento.) Jesús!

Engañó usted mi deseo.

No se lo tome á usted Dios
en cuenta.

VENT. Pues yo .. yo siento...

Yo creí... pensé que usted
se alegraría...

(Se oye á le lejos el toque de misa.)

CARMEN. (Con desden.) Me alegro.

VENT. Usted quiere mucho á César
tambien, y vine corriendo...

CARMEN. Ha hecho usted bien...

VENT. Voy á casa,
aunque él vendrá aquí primero.

Voy allá.—Oh! Ya está aquí.

(Dirigiéndose á la puerta.)

César! Lodo sea el cielo!

ESCENA V.

CÁRMEN, MARIA, CÉSAR y BUENAVENTURA.

CESAR. Padre!

VENT. Hijo mio!

(Quedan un momento abrazados. Cármén y María permanecen inmóviles. El semblante de César, al reparar en ellas, aparece visiblemente demudado.)

CESAR. (Adelantándose con timidez y esforzándose por disimular su agitacion. Ventura le quita fusil y ros y lo coloca en un lado.)

María...

Y usted... (Sin atreverse á mirar á Cármén.)

VENT. (Empujándole hácia ellas.)

Anda, hombre.

(Observando la inmovilidad de los tres.)

Qué es esto?

Pues vaya unas ceremonias
que gastan ustedes.—Zopenco!

Abrázalas!

MARIA. (Al abrazar á César.) Bien venido.

CARMEN. (Tendiendo la mano á César, á quien no ha dejado de observar.)

Bien, César.—Mas... tú estás trémulo.

CESAR. No... yo no sé...

VENT. Es la alegría.

CESAR. Eso es.

VENT. El placer de vernos.

CARMEN. (Qué me anuncia ese semblante?
Sabrá este algo?... Yo tiemblo!)
César, tú podrás calmar
mi ansiedad.

CESAR. Yo?... si yo puedo...

CARMEN. En dónde está Rafael?

CESAR. Yo?... si yo...

CARMEN. Tú has de saberlo;
tú lo sabes.

CESAR. (Con aplomo.) Nada sé.

CARMEN. (No sé qué noto en su aspecto.
Este lo sabe; y por qué
lo oculta?)

VENT. Conque... qué has hecho?

Cuenta.

CESAR. Despues... he venido
escoltando... ahora no puedo...
luego...

CARMEN (Como inspirada por un pensamiento.)
(Nada en mi presencia
contará; mas si le dejo
sólo con su padre...)—Vamos,
César, descansa un momento.
Tendrás hambre... sed... Maria
te servirá.

CESAR. Nada quiero.

CARMEN. (Á Maria, que desaparece obligada de su madre.)
Anda... dispon algo. Vamos!

CESAR. Ya dije...

CARMEN. (Sin atender á César, se dirige á un arcon que habrá
en el fondo; saca de él una mantilla, que se pone
durante los versos siguientes:)

Yo pronto vuelvo.

Cerca está la iglesia; oí
tocar á misa, y no debo
perderla.—Qué quieres, César?
Los hombres amais los riesgos,

los combates; y nosotras
la quietud... la paz del templo.
Ea! Adios; vuelvo al instante.
Me esperarás? Vuelvo, vuelvo.

ESCENA VI.

CÉSAR, BUENAVENTURA y luego CÁRMEN.

Después de los primeros versos de la escena siguiente, Cármén
cruza la escena furtivamente y se oculta detrás de un poste que
habrá junto al hogar.

CÉSAR. Horrible situación!

VENT. Qué es esto, César?

CÉSAR. Padre!

VENT. Habla por Dios!

CÉSAR. Querido padre!

Estamos solos?

VENT. Sí. César, me espanta
la palidez que noto en tu semblante.
Qué pesar es el tuyo? Te has portado
como bravo y leal en el combate?
No has faltado á tus jefes?

CÉSAR. Padre mío,
la infame cobardía en mí no cabe.
De usted aprendí á ser fiel y honrado y bueno,
no piense usted jamás que á serlo falte.

VENT. Nunca! Jamás!—Mas si á mis brazos vuelves
victorioso y feliz, de dónde nace
esa inquietud? En tu mirar sombrío
descubro un gran pesar.

CÉSAR. No le hay más grande!

Cuánto de eterna desventura encierra
mi profundo dolor! Nada hay que baste
á mitigar este recuerdo horrible
que me ha de perseguir á todas partes.
Quiero huir de él, y en torno mío veo
uno... y otro... otro más! Cuánto cadáver!

VENT. Deja ese pensamiento. Tú venciste
defendiendo una causa justa y grande:

:

los que á tu lado sucumbieron, viven
en la memoria de la patria amante;
á los que enfrente estaban, ciegos unos
por fanático error, los otros mártires,
ántes que el golpe de tu brazo, hirióles
la obstinacion de su funesto alarde.

CESAR. (Dominado de una idea.)

No es cierto; al golpe mio! Yo... yo sólo...
yo maté!

VENT. Pero en buena lid mataste.

CESAR. Buena!... Sábelo Dios!

VENT. César, yo mando
que me des pormenores del combate.
Qué ha sucedido en él? Dí.

CESAR. Padre mio!
qué ha sucedido allí? Ay! Dios lo sabe!
—Sin ira ni rencor al enemigo;
frente haciéndole, sí; mas sin buscarle.
Con el fiero dolor que siente el alma
del noble militar en luchas tales;
como el soldado que á su jefe sigue,
y cree en él, y con su ardor se bate,
y ante su voz avanza ó retrocede,
y mata ó muere, sin odiar á nadie,
así los cazadores de Segorbe
esperamos tranquilos el combate.
Y no se hizo esperar; pronto chocaron
nuestra brigada y la brigada Lacy.
Sufriendo un fuego horrible, y avanzando
por entre los espesos olivares
cargó mi batallon... qué brava carga!
Y Simancas despues, Borbon más tarde,
y Cantabria que al mando de Alaminos
bravo arrolló cuanto encontró delante:
y al frente de Aragon llegó Taboada
en la sangrienta lid tomando parte.
Y de olivo en olivo, y palmo á palmo.
cargando sin cejar un solo instante,
el vivísimo fuego sostuvimos
en lucha que duró toda la tarde.
Sonó la voz del general bizarro
caballero de Rodas: «Adelante,»

CARMEN. Muerto!

VENT. Qué horror!

MARIA. Dios mío!

CARMEN. Hijo del alma!

¡Muerto!... ¡Ha muerto! (Prorrumpe en llanto.)

CESAR. (Cayendo de rodillas y con profundo recogimiento, murmura:)

¡Perdon!

VENT. (Cruzando las manos.) Dios nos ampare!

(Después de una breve pausa, el semblante de Carmen se anima de repente con explosión de cólera. Se incorpora; fija la mirada en César y se dirige á él, rechazando bruscamente á Ventura y Maria, que intentan detenerla.)

CARMEN. (Con entonación seca y breve.)

Ven acá tú.

MARIA. Por Dios!

CARMEN. Tú, su asesino,
estrecha cuenta de tu crimen dame.
Piensas que impune ha de quedar? Te en-
aún tengo aliento yo para vengarle. [gañas;
Sonarán en tu oído noche y día
mis hondas quejas, mis profundos ayes;
y tanto y tanto mi dolor inmenso
sobre tí ha de caer, que al fin te mate!

MARIA. Basta! (Con espanto.)

CESAR. Piedad!

CARMEN. (Evitándola.) Aparta.—

(Acosando á César.) No la esperes;
no esperes nunca compasión de nadie.

La luz del sol se ocultará á tu paso;

se negará la tierra á sustentarte.

La mancha de Cain cubre tu frente,
cunde en tus venas su traidora sangre,
y errante como él, como él maldito,
acabarás tu vida miserable!

VENT. (Sin lograr reprimirse.)

Poder de Dios!

CESAR. (Conteniendo á su padre.) ¡Silencio!

CARMEN. No es posible...

Si no hay maldad que á su maldad iguale!
—¡Maldito honer el que á matar conduce

el hermano al hermano; el hijo al padre!
¡Maldita ley aquella que sortea,
y nos roba cruel al hijo amante!
Yo la destruiré! Las madres todas
conmigo se alzarán; mi voz las llame!
Convocadas por mí, juntas caeremos
sobre esa ley inicua, abominable,
que yo desgarraré!—Leona herida,
con más furor sobre la presa cae;
así es fuerza que yo, mi ansiada presa,
como leona herida despedace!

VENT.

¡El dolor la enagena!

MARIA.

¡Madre mía!

CARMEN.

En mi razon estoy! ¡Quitad, dejadme!

Á nadie quiero oír!—¡Hijo del alma!

Me siento fallecer... tu apoyo dame.—

Breve ha de ser mi vida! Pronto espero,
si Dios me escucha, que el dolor me mate!

MARIA.

Vamos!

CARMEN.

No puedo andar... Mi pié vacila...
me ahoga el llanto... ¡Oh desdicha!

VENT.

¡Pobre madre!

ESCENA VII.

CÉSAR, BUENAVENTURA.

VENT.

(Contemplando el profundo abatimiento de César)

César, levanta esa frente;

muéstrate altivo y sereno,

que has cumplido como bueno,

y honrado, y noble, y valiente.

Tu padre te lo asegura:

bajo ese pesar profundo

descubro yo todo un mundo

de esperanza y de ventura.

Tú no traes contigo el mal

ni el luto y desolacion;

traes el bien, la paz, la union,

la alegría universal.

Eterno bien, que no empaña

la muerte de Rafael;

el llanto que das por él,

le recoge nuestra España
con amor, de gozo henchida;
que es ese llanto, hijo mío,
dulce y bienhechor rocío
que dará á sus campos vida!
Rafael murió; y á pesar
de que su muerte taladre
tu corazón...

CÉSAR.

Padre... padre!
Si no le puedo olvidar!
Si lecho y pan compartimos
desde nuestra edad primera,
y al darnos el alma entera
nombre de hermano nos dimos!
Si á nuestro cariño fiel
su afán primero era yo,
y no hay fibra aquí, que no
(Con la mano en el corazón.)
se agite por Rafael!
¡Maldito yo, que inhumano
sobre su pecho leal
descargué golpe mortal,
sin cortarme allí la mano!

VENT.

CÉSAR.

Por mi vida!
¡Maldito una vez y mil,
si á empuñar vuelvo el fusil
en mi mano fratricida!
No más lid que á Dios ofende!
Basta de combate impío!
No más!

VENT.

César! hijo mío...
Escucha, repara, atiende.
Tú rebelde, César?... Calla;
y no con tan ciego ardor
te abandones al dolor
que en tu corazón estalla!
Que es grande? Pues no ha de ser!
pero piensa en tal momento,
que ántes que tu sentimiento,
ántes se halla tu deber.
Da por él tu vida entera,

tu dicha y tu voluntad,
si has de guardar lealtad
á tu patria, á tu bandera.
Parte donde ella te llama;
si á nuevo combate, vé,
y lucha con ciega fe;
que hacerla traicion, te infama.
No indagues adonde van
sus fines, que en conclusion,
tan altos sus fines son,
que á nuestro alcance no están.

CESAR.

Padre...

VENT.

Te sorprende acaso
que me exprese de este modo?
Yo, tousco labriego y todo,
sé hablar cuando llega el caso.—
Parte. Yo quedo sereno.
Bien cumpliste, eso se ve.
Bien cumplirás, que yo sé
que tú eres bueno...
(Estrechándole con fuerza ambas manos.)
eres bueno!

Anda con Dios.—Ven aquí.

Un abrazo.

CESAR.

Padre mio!

VENT.

(Después de besarle en la frente.)
Anda con Dios. Ya confío
verte pronto libre.

CESAR.

Sí.

Mas yo no puedo partir
sin cumplir la voluntad
de Rafael, que en verdad
es penosa de cumplir.

(Sacando una carta del bolsillo.)

Á su madre he de entregar
esta carta y no me atrevo.

VENT.

Pues dame...

CESAR.

Yo mismo debo
dársela; lo he prometido.
—Guardado en este papel,
que abraza la mano mia,
su postrer suspiro envía...—

Horrible momento aquel!
El médico prodigaba
sus ya inútiles cuidados.
Yo, en sollozos mal ahogados,
al médico interrogaba.
Paréceme que aún le veo!
Quiso escribir, expresó
su deseo, y se ofreció
el médico á su deseo.
Y hondas frases murmurando,
se iba su voz extinguiendo,
y el médico iba escribiendo
sus frases interpretando!
Y yo en silencio lloraba,
y él mi llanto recogía,
y sus brazos me tendía,
y en los míos espiraba!

VENT. (Después de una pausa exclama con energía.)
Su madre te escuchará.

CESAR. Deténgase usted.

VENT. No quiero.

Lo primero es lo primero;
ven conmigo, ven acá.

CESAR. Por Dios!

VENT. (Alzando la voz.) Rafael te envía,
y su madre te ha de oír.

CESAR. Más bajo!

VENT. No has de cumplir
tu misión? Vamos! (Llamando.) María!
(César intenta huir.)
No te vayas, yo lo exijo.—
María!

ESCENA V.

CÉSAR, BUENAVENTURA, MARIA, CÁRMEN.

MARIA. Qué hay?

VENT. Ven presto.

Hay que tu hermano...

CÁRMEN. (Apareciendo en la puerta lateral.)

Qué es esto?

- quién habla aquí de mi hijo?
- VENT. Quien transido de dolor
recogió su último aliento,
quien hasta el postrer momento
supo merecer su amor.
Quien á entregar á usted va
una carta...
- CARMEN. (Adelantándose con afán.) Para mí?
de mi hijo? Dadme aquí,
dádmla.
- CÉSAR. (Dando la carta á Ventura sin atreverse á mirar á
Cármén.)

Padre...

- VENT. (Presentando la carta á Cármén.) Aquí está.
- CARMEN. (Apoderándose de la carta, que besa con efusion, y
contemplándola luego con desconsuelo, exclama:)
¡Es su eterna despedida!
Su postrer suspiro! (Serrnándose de pronto.)
(Abriendo la carta.) Ea!
completo mi dolor sea.
- VENT. (Alentando á César) César!
- CÉSAR. (Inclinando la frente sobre el pecho de Ventura)
Padre de mi vida!

- CARMEN. (Leyendo.) «Madre mia! Es el momento
en que á sí me llama Dios,
y á tí... á mi hermana... á las dos
os llevo en el pensamiento!
Madre, en tí empecé á querer:
contigo aprendí á rezar;
óyeme, que te va á hablar
quien sabe amar y creer.
César es hermano mio;
cuando llegue á tí mi hermano,
deja que imprima en tu mano
el beso que yo te envío.
Madre, en la lucha cruel
á que arrojado me ví,
no fué César contra mí,
ántes yo fuí contra él.
Piensa que yo contra él fuí;
que el anatema inhumano
que lances sobre mi hermano,

ese caerá sobre mí.
Si mi ruego te conmueve,
¡madre de mi corazón!
da á César tu bendición
para que yo me la lleve.—
Escúchame, madre mía;
ama á César; mira en él
un hijo sumiso y fiel
que mi cariño te envía.
No desatiendas mi ruego;
piensa en tí, piensa en María;
en la pobre hermana mía
á quien César ama ciego.
Con él os dejo á las dos.
Vuestra memoria va aquí!
Madre... acuérdate de mí!
Adios, madre mía, adios!»

(Cármén cae acongojada en el sillón, en donde da libre expansion al sentimiento. María cae de rodillas á su lado. Ventura y César permanecen abrazados en el extremo opuesto de la escena. Óyese una voz que canta acompañada por una guitarra la siguiente copla de rondeña, que se va alejando poco á poco.)

*Madre, hay un valle en el cielo
cultivado por los ángeles;
por cada soldado, madre,
muerto en la accion de Alcolea,
nació una flor en el valle.*

(Al extinguirse completamente la voz, se oye un toque de corneta de llamada y tropa.)

CÉSAR. Me llaman.

VENT. Espera aquí.

(Llegando pausadamente á Cármén, exclama con acento suplicante y cariñoso.)

Llene cada cual su puesto,
doña Cármén, porque esto
no puede quedar así.

Ya que así viene expresada
la postrera voluntad
de Rafael... ¿no es verdad
que debe ser respetada?
Todo su amor lo concilia.

Él, con entrañable anhelo,
rogando está desde el cielo
por la union de esta familia;
y envia á usted un beso en prenda
de lazo tan venturoso,
y hay quien aguarda afanoso
que usted la mano le tienda.
Y á fe que no es gracia esa
para negada .. verdad?
La mano...

(Cármén extiende lentamente el brazo hácia Ventura permaneciendo con la mirada fija en el suelo. César, llamado por Ventura, se acerca con recogimiento á él.)

Cuánta bondad!

Hijo, de rodillas.

(César se arrodilla delante de la mano que le tiende Cármén.—Dándole á besar la mano de Cármén.)

Besa!

(Ventura se inclina al oído de Cármén, y con acento suplicante y apenas perceptible, exclama:)

Y la bendicion del cielo
baje al poner solamente
la mano sobre esta frente
que humilde se inclina al suelo.

(Le designa la actitud de César, que Cármén contempla sin violencia alguna.)

¡Rafael pidiéndola está!

CARMEN. (Que se halla bajo el influjo del pensamiento de Ventura, extiende su mano derecha sobre la frente de César, mientras que, acompañada de la mirada, eleva la izquierda al cielo, exclamando:)

¡Hijo de mi corazon!

VENT. (En tono solemne á César, á quien levanta del suelo.)

Ganaste su bendicion,
César! Puedes partir ya.

(La corneta repite la llamada. César se dispone á marchar. Ventura le coge del brazo, y avanza con él hasta el proscenio.)

De tu pena... nada sé,
ni quién aquí te envió.—
Sé que lidiaste, y que en pró

de la buena causa fué.
Plegue á Dios que ya terminen
discordias que impías son!
Que en la española nacion
nuevos males no germinen.
Que no ensangrientes tus manos
en nuevo combate, y sea
la victoria de Alcolea
nuncio de paz entre hermanos.

FIN.



